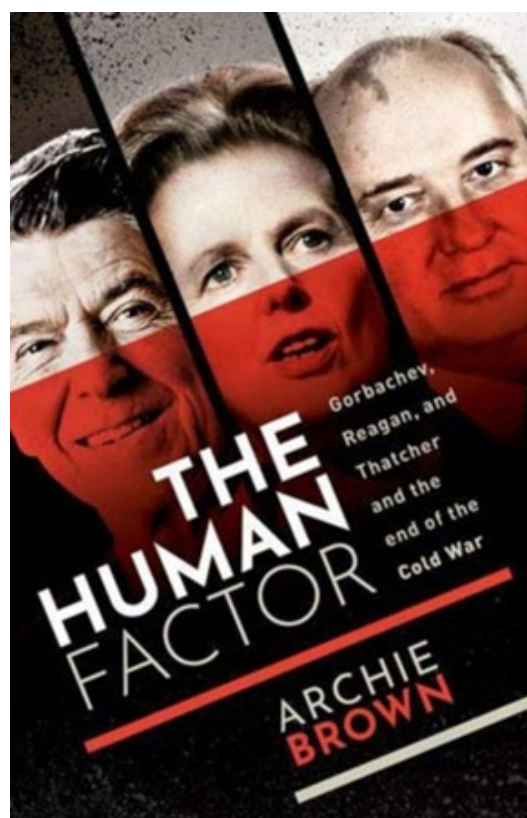


Archie BROWN: The Human Factor: Gorbachev, Reagan, and Thatcher, and the end of the Cold War, Oxford, Oxford University Press, 2020, 500 pp., ISBN: 9780198748700.

Luis Velasco Martínez
Universidade de Vigo

¿Actores individuales o colectivos? Una prosopografía del final de la Guerra Fría

Archie Brown (1938) ha sido uno de los principales kremlinólogos de la escuela británica. Actualmente desempeña su labor docente e investigadora como profesor emérito en el St. Anthony's College de la Universidad de Oxford, una institución a la que lleva ligado desde la década de 1970; en ella ejerció los cargos de vicedecano y director de su centro de estudios rusos y eslavos. Brown conjuga una amplia formación historiográfica y politológica siguiendo la tradicional transversalidad de los estudios regionales británicos; esta visión interdisciplinar le ha permitido abordar la interpretación de la actualidad y el pasado reciente del espacio soviético y postsoviético con especial atención a los actores, ideas e instituciones de la URSS y la Federación Rusa. Entre sus líneas de investigación más consolidadas destaca el análisis biográfico y prosopográfico de los



principales actores individuales que desempeñaron un papel en el desmantelamiento del régimen soviético. Anteriormente, ya había realizado análisis del funcionamiento de la estructura soviética, interesándose por los perfiles personales de su clase política y militar, así como sobre los procesos de toma de decisiones, liderazgo y organización interna en los niveles de Estado y de Partido. Este tipo de análisis los centró, después de la caída de la URSS, en perfiles individuales como el de Mikhail S. Gorbachev, para más tarde compararlos con el de Boris N. Yeltsin y los primeros meses de gobierno de Vladimir V. Putin. En su nueva publicación nos encontramos con un paso más en esta dirección, donde observa los reflejos de los tres principales líderes políticos que condicionaron el final de la Guerra Fría a ambos lados del telón de acero, enfrentándolos

con sus sombras. Podemos destacar que el autor sale de su espacio de confort, el eminentemente soviético y ruso, para abordar su proyección hacia el exterior y el impacto de la ascendencia de los líderes de EEUU y el Reino Unido en el final de Guerra Fría. La clave principal de su análisis es el papel de los individuos en el devenir de la historia; cómo el factor humano, la personalidad, educación, experiencias vitales y visión de la realidad de unos individuos determinados logró que el barco de la historia tomara un rumbo específico frente a la multiplicidad de escenarios posibles. En definitiva, el autor pone en valor el accidente que supuso la elección de un líder u otro y su poder para condicionar que el pasado ocurriera de una determinada manera.

Esta visión del papel de los individuos como elementos accidentales desencadenantes de una determinada circunstancia histórica resulta un punto de partida muy estimulante para abordar los años finales de la Guerra Fría; una última etapa que no debemos olvidar que se inició con el progresivo recrudecimiento del conflicto y su dialéctica. Las declaraciones altisonantes de Ronald Reagan, amparadas por las belicosas formas de la premier Margaret Thatcher, no hacían presagiar que al final de esa etapa se superara el conflicto en ciernes. ¿Cuándo y cómo habría acabado la Guerra Fría con otros líderes al mando?, ¿lo habría hecho?, ¿qué hubiera pasado si las primarias republicanas de 1980 las hubiera ganado el moderado George H.W. Bush, o si este hubiera renunciado a la vicepresidencia que le ofreció Reagan?, ¿cómo se habría entendido Reagan con el Reino Unido si el premier Edward Heath no hubiera perdido el liderazgo tory en 1975 frente a Margaret Thatcher o si esta hubiera fracasado en su envite durante la Guerra de las Malvinas? La conjunción de estos tres factores humanos: Reagan, Thatcher y Gorbachev, resultó a ojos de Archie Brown una combinación acertada para cerrar la caja de Pandora.

La dialéctica de victoria bélica con la que el bloque occidental decoró el final de la Guerra Fría no ayudó a crear unas dinámicas de postguerra que facilitarían el entendimiento entre los antiguos adversarios. Así, la entrada del antiguo sector oriental de la Alemania unificada bajo el paraguas de la OTAN o la previsión de que incluso Polonia entrara a formar parte de la alianza dejaba perplejas a las élites soviéticas a la altura de 1990. Si se quería cerrar el capítulo de la Guerra Fría y construir una relación de colaboración, si la URSS proyectaba un mensaje de confianza en un futuro pacífico, ¿de qué tenía que salvar la OTAN a sus hasta entonces adversarios? La *inestabilidad* no parecía ser una respuesta capaz de entenderse en Moscú y causaba desconcierto. El reconocimiento de la soberanía total de los países satélites y la libertad para que estos tomaran una decisión respecto a la organización de defensa conjunta a la que quisieran formar parte suponía una decisión inevitable para la mentalidad de Gorbachev, pero cuarenta años de distanciamiento hacían difícil predecir las interpretaciones mutuas. En este sentido, pese a la cercanía personal de algunos de los líderes y la complicidad generacional de sus grupos de confianza, empatizar con el adver-

sario y desentrañar sus intenciones en el medio y largo plazo se convertía en algo complejo. En cierta medida el autor hace un retrato algo ingenuo de Gorbachev a lo largo del texto, facilitando que el lector simpatice con el soviético. Este era el único de los tres líderes que había presenciado en carne propia y de una manera directa los horrores de la guerra y de la destrucción total que se había desencadenado durante la Segunda Guerra Mundial. Probablemente este hecho fuera una de las principales diferencias en la experiencia vital de todos ellos, que por lo demás tampoco compartían vínculos generacionales. El sucesor de Reagan, y a la postre encargado de oficializar el colofón a la confrontación EEUU-URSS, había sido piloto de la marina norteamericana en el escenario del Pacífico durante la misma guerra que Gorbachev había presenciado en sus primeros años, él resumió en una sola frase la sensación de victoria que tenían los EEUU y el denominado *mundo libre*: «EEUU ha ganado la Guerra Fría».

El determinismo con el que muchos analistas occidentales comenzaron a entender el derrumbe del coloso soviético durante la década de 1990 se enfrenta con la complejidad del funcionamiento de la URSS, que había pasado de una posición de clara inferioridad a finales de la década de 1940 hasta el empate real en la de 1970. Si el derrumbe soviético era inevitable, por qué no se produjo en los momentos de mayor debilidad de la URSS, ¿o acaso el desmoronamiento económico de finales de los ochenta era mayor que el de la postguerra mundial? En este sentido, el papel de una élite reformista entre los *apparatchik* del sistema, formado por *nuevos pensadores* capaces de ofrecer planteamientos alternativos a los tradicionales que favorecieran la supervivencia del Imperio reduciendo sus costos militares, se vio favorecida de manera evidente por un líder del partido favorable a la búsqueda de soluciones novedosas que fueran compatibles con los principios de *transparencia* y *reestructuración*. Sería en esta corriente interna y en los movimientos tectónicos en el seno de la inamovible burocracia soviética donde deberían encontrarse las razones de fondo de la caída del Imperio. Así, la doctrina de la *suficiencia razonable* se convirtió en un objetivo político y militar que se creía alcanzable dentro de esta nueva élite de la URSS, pese al pánico que causaba en el seno de sus jerarquías castrenses. Estas estaban compuestas todavía por una cúpula gerontocrática muy conservadora, renuente a las novedades, y que se había formado y desarrollado tanto toda su carrera como su experiencia vital en una ortodoxia que nunca habían visto desafiar de manera tan abierta.

De haberse encontrado otros actores al timón quizá la Guerra Fría pudo haber terminado más tarde, no haber terminado o haberlo hecho de una manera fatídica, pero tampoco debemos olvidar que la visión de Brown nos anima a plantear lecturas paralelas: ¿Pudo haber acabado antes la Guerra Fría?, ¿el factor humano también fue el causante de que la Guerra Fría llegara a existir o de que el equilibrio del terror atómico se extendiera durante cuatro décadas? Si entendemos como una troika positiva la conjunción de liderazgos que se dio en el Reino Unido, EEUU y la URSS de la década

de 1980, ¿qué lectura deberíamos hacer de sus antecedentes?, ¿acaso el factor humano no brilló en algún momento y facilitó salidas pacíficas de los atolladeros en los que esos gobiernos se metieron de manera recurrente a lo largo del periodo? Las lecturas pueden ser diversas y promover una multitud de posibilidades que difícilmente podríamos aspirar a analizar pormenorizadamente en su totalidad. Quizá por ello los historiadores suelen ser reticentes a adentrarse por las sinuosidades de la historia contrafactual aunque, pese a todo, sus aportaciones suelen ser valoradas a la hora de realizar o complementar análisis prospectivos y desarrollar algunas previsiones y planteamientos de evoluciones y tendencias futuras. Probablemente, esto se deba a la seguridad que tienen los historiadores acerca de cómo cualquier accidente, provocado o no por el factor humano, puede cambiar de manera dramática el devenir de la Historia, pero también de cómo individuos determinados que han pasado por experiencias personales muy diferentes pueden converger en unos mismos objetivos desde diferentes puestos de poder y en el marco de unos contextos políticos, económicos y sociales muy dispares.

En definitiva, la reivindicación del accidente y del factor humano que subyace a lo largo de toda esta obra no debe impedirnos analizar los procesos históricos desde una perspectiva desde abajo que, probablemente, también nos permitirá entender cómo funcionan las relaciones entre élites políticas y masas sociales. Estas presentan una dialéctica confusa y más o menos compleja en función del sistema político en el que se mueva, pero existente de todas formas.

Con todo, quizá el libro deje abierto un nuevo marco para futuras investigaciones siguiendo su estela. Si bien el análisis de los grandes personajes parece difícilmente superable, la prosopografía todavía puede darnos nuevas e interesantes visiones de este proceso. Igualmente, la apertura y desclasificación recurrente de archivos públicos, así como la posibilidad de entrevistar y recabar los recuerdos y documentos de protagonistas menos mediáticos de este periodo pueden ofrecer novedades de algún tipo. En este sentido parece obligado reivindicar, no sólo el papel de los grandes hombres y mujeres cuyos retratos figuran en las galerías del poder, sino también el de aquellos funcionarios que fueron el canal de comunicación y el factor decisivo de un cambio que emergía desde la base y vinculaba las transformaciones políticas de las altas esferas con las demandas de paz y libertad de un pueblo hastiado del miedo a ambos lados del océano. El autor deja también en el horizonte la necesidad de vincular este proceso y su errática organización en el seno de la URSS como una de las razones en el medio plazo para el giro autoritario de la Rusia del cambio de siglo. Estamos convencidos de que lo abordará con la misma riqueza documental y rigor analítico que ha demostrado en este magnífico libro.